

EN MEMORIA DEL EXCMO.  
SR. D. ANTONIO HERMOSILLA MOLINA



## HOMENAJE A ANTONIO HERMOSILLA

*Por ROGELIO REYES CANO*

Excmos. e Ilmos Señores Académicos,  
Esposa e hijos de Don Antonio Hermosilla,  
Señoras y señores:

La Real Academia Sevillana de Buenas Letras se reúne esta noche en Sesión Pública para rendir homenaje a la memoria del que fuera Académico de Número de esta Casa, el Excmo. Sr. D. Antonio Hermosilla Molina. Y les aseguro a ustedes que se trata de un acto que va más allá de toda exigencia reglamentaria, aunque la tradición de la Academia haya dado carta de naturaleza a la buena costumbre de recordar a los compañeros que ya no están entre nosotros. Pero, como digo, lo que hoy nos mueve a su recuerdo poco tiene que ver con imperativos protocolarios y mucho con el afecto que profesamos a su persona y con la admiración que todos sentimos por la valía de su obra.

Es la segunda vez, después de su muerte, que tengo ocasión de hablar de Antonio Hermosilla, pues la primera lo hice, poco tiempo después de aquel triste suceso, en el Ateneo de Sevilla, donde tuve el honor de intervenir en representación de esta Academia. Y vuelvo a decir hoy, como entonces dije, que soy muy poco amigo de los tonos necrológicos, y que en estos casos prefiero siempre recordar a las personas poniendo el acento no en la desolación afectiva y sentimental —grande, sin duda, y muy

humana— que su desaparición produce entre su familia y entre sus amigos, sino en el valor de las cosas que esas personas hicieron y dejaron aquí, en esas cosas que una y otra vez nos devuelven su imagen más esperanzadora y positiva, asegurando así la única forma de pervivencia que resiste el olvido.

En el caso de Antonio Hermsilla me quedo sobre todo (y estoy seguro de que traduzco en estos momentos el sentir de toda la Academia) con la imagen de un hombre que a su rica humanidad y a su buen hacer profesional e intelectual unió una altísima dosis de generosidad en favor de la vida cultural de Sevilla, a la que entregó su tiempo y sus mejores esfuerzos aun en medio de una dura enfermedad que él, hombre de fe, supo llevar con discreción y hasta con elegancia, como deben sobrellevarse los reveses de fortuna que forman parte inseparable de la vida humana.

Viendo con qué tenacidad y con qué entusiasmo se entregaba a esa tarea, fue tomando cuerpo en mí la convicción de que Hermsilla pertenecía a esa rara estirpe de los “soñadores de Sevilla”, al linaje de hombres como José María Izquierdo, Joaquín Romero Murube y tantos otros que hicieron de esta ciudad un referente espiritual en el que volcar sus ilusiones. En verdad yo prefiero llamarlos “soñadores activos”, pues sus sueños no se quedan en estériles especulaciones sino que se proyectan —de ahí su valor y su excepcionalidad— en realizaciones prácticas. No hace falta decir que el gran activo de los últimos años de la vida de Antonio Hermsilla, el que con más fuerza permanecerá en la conciencia de los sevillanos, es, sin duda, el de haber dado un impulso realmente histórico al Ateneo de nuestra ciudad. Su amor a Sevilla, patente siempre en una valiosa labor investigadora y publicística realizada a lo largo de muchos años, alcanzó en esa especie de “restauración ateneística” su punto más alto, culminando así una brillante trayectoria personal de la que su familia y todos cuantos nos interesamos por la cultura de esta ciudad podemos sentirnos orgullosos.

Orgullo que esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras quiere hoy hacer explícito recordando que Antonio Hermsilla formó parte de nuestra Corporación desde el año 1996 hasta su muerte, y en consencuencia, tuvimos la fortuna de beneficiarnos (menos tiempo, por desgracia, de lo que todos hubiésemos deseado) de su calidad de persona, de su competencia de escritor y de su mucho

saber sobre la historia de Sevilla. Pronunció su discurso de ingreso en la Sesión Pública y Solemne celebrada el domingo día 1 de diciembre de 1977. Él, que ya era miembro de la Real Academia de Medicina de Sevilla, fue llamado a la nuestra por su compartido perfil de médico y humanista, siguiendo en ello una vieja tradición de Buenas Letras. Vino así a inscribirse dentro de una ya larga nómina de brillantes profesionales de la Medicina Sevillana que desde los tiempos de la fundación de nuestra Academia en 1751 formaron parte de la misma. Profesionales que han dejado huella en la historia de esta ciudad no sólo por su ciencia médica sino también por su buen hacer literario o artístico, y en general por su estrecha vinculación con el mundo de las letras, que siempre han sido Literatura y Medicina dos mundos muy afines, sin duda por el profundo aliento humanístico en que ambos se sustentan. Así lo atestiguan nombres como Javier Lasso de la Vega, Juan Delgado Roig, Salvador Fernández Alvarez, Francisco Blázquez Bores, Gabriel Sánchez de la Cuesta, Antonio González Meneses, Sebastián García Díaz o José Romero Escassi, por citar sólo a una representación de médicos que fueron miembros de número de Buenas Letras.

Las dos Academias más antiguas de la ciudad —Medicina y Buenas Letras— tienen en estos momentos especiales razones para seguir potenciando esa estrecha colaboración histórica que siempre han mantenido. Medicina está celebrando a lo largo de este año dos mil el tercer centenario de su fundación. Buenas Letras, por su parte, celebrará en el dos mil uno su doscientos cincuenta aniversario. Dos efemérides que pueden ser una magnífica ocasión para hacer balance de dos trayectorias ya seculares y para llevar a cabo una común reflexión sobre el sentido histórico de las academias y sobre su papel en el mundo de hoy, en el que nuevos estímulos demandan, sin duda, nuevas respuestas y nuevas perspectivas. Me consta que Antonio Hermosilla, el último de esa honrosa nómina de médicos humanistas que acabo de recordar, fue parte muy activa en la ideación y planificación de las actividades con que la Academia de Medicina conmemora ese tercer aniversario que él, por desgracia, no pudo conocer. Hubiera sido también, dada su excepcional capacidad gestora y sus excelentes relaciones con el mundo cultural de Sevilla, una valiosísima ayuda en la organización de los actos que Buenas Letras está programando para el dos mil uno. En todo

caso su recuerdo no dejará de ser un estímulo para quienes tenemos ahora por delante la tarea de hacer las cosas lo mejor posible.

Él trajo consigo a esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, aparte de su valía como persona y como amigo, su buen gusto literario, su condición de publicista, de conferenciante y articulista, y sobre todo de notable investigador en el campo de la historia de la Medicina sevillana, que fue, naturalmente, el motivo principal de su elección. Pero no me corresponde a mí, sino a los compañeros que a continuación harán uso de la palabra, dar más precisa cuenta de todos estos méritos. Cierro, pues esta breve intervención mía dando las gracias, en nombre de la Academia, a todos cuantos participan en esta sesión de homenaje: a los académicos señores Ybarra Hidalgo, de la Vega Viguera y Manzano Martos, que me manifestaron de manera explícita su deseo de intervenir esta noche; a la familia de Don Antonio Hermosilla, a la que quiero hacer partícipe del afecto de todos los miembros de nuestra Corporación; a los representantes de otras academias sevillanas, y de manera muy especial de la Real Academia de Medicina y del Excmo Ateneo de la ciudad, con los que nos sentimos estrechamente unidos en el común recuerdo de Antonio. Y a todos cuantos han tenido la amabilidad de compartir con nosotros su memoria. Muchas gracias a todos.